

*UN MALESTAR INDEFINIBLE*  
SOBRE LA SUBJETIVIDAD CONTEMPORÁNEA<sup>1</sup>

FRANCISCO DE UNDURRAGA

Gastón Molina, *Un malestar indefinible. Sobre la subjetividad moderna*. Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, 2007, 240 pp.

La escritura de Gastón Molina es atenta. Un minucioso y pausado proceso de narración filosófica. De escribir para acercar. De describir para volver sobre materias que aquí se tratan y que construyen una sintonía en común, una perspectiva pormenorizada. La descripción surge en la forma de una comunicación que es experiencia del pensar y no un habla irruptiva, violentadora de procesos que requieren de un escanciar propio, de la configuración de una temporalidad singular. La escritura recorre, en este libro, de la manera más clara, los reductos de su propio desarrollo. La lógica de los argumentos surge como espera y emplazamiento del recorrido, en el recorrido. Nos enfrentamos como lectores del libro de Molina a una encuesta que trabaja su voz propia a partir de un diálogo cercano con la tradición, desde las voces de la tradición que una mirada indagadora vuelve a hacer nuestras. Se excava en los detalles de la discusión para armarse de un recorrido de detalles.

No es fácil dar con una temporalidad específica que llame a su proliferación. Lograr un habla-escritura en la cual el lector es invitado a compartir discursos que permanecen en vilo en el texto, listos para ser desplegados por él. Si hablamos de temporalidad y de materia escritural que toman

<sup>1</sup> Este texto fue leído el 17 de abril de 2008 en el auditorio de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano con ocasión del lanzamiento del libro.

aquí la forma del discurso filosófico, que se desmadejan y asientan en él, aparece en primer lugar el gesto de Descartes, en el primer capítulo. La duda metódica, se nos dice, consiste en una maniobra activa de desafección, una decisión estratégica de indiferencia y una suspensión del juicio. Ya la introducción nos emplaza en una de las problemática guías de ese «malestar indefinible» que se aborda aquí. Me refiero a la subjetividad. La subjetividad que en palabras de Molina «no es un lugar al que se llega, sino el movimiento mismo de sustracción mediante el cual el mundo pierde su peso y gravedad [...] Operación de desafección respecto a la presencia inmediata de las cosas [...] El hecho de poder estar de antemano en relación consigo mismo en el trato con el mundo, mediante la representación».

El problema ahora y más que nunca es el de la representación. Ésta se hace de alguna manera insoslayable, el *pie de toque* y a la vez el lugar del síntoma en el que se obsesiona y condensa la mirada moderna. Bien por la ciencia. Problema para el espíritu que ve su continuidad con el mundo interrumpida por un intermediario que él mismo y a regañadientes se ve forzado a invocar. Funesta suerte de la autorreferencia con su lugar, ya no en el correlato asimilador de las correspondencias, sino en el orden de la claridad que pareciera ser la fórmula misma del consenso, la etiqueta y el avance en el conocimiento. La relación consigo mismo se hace en cierta forma impostura, en el sentido de un trabajo que se siente extraño porque desmaterializa el mundo, de manera de lograr despercudirlo en sus detalles, a través del necesario vuelco hacia sí.

El punto de vista autónomo y la instancia ordenadora de la experiencia que caracterizan a esa figura propiamente moderna que es el individuo, nos dice el autor, vienen a instaurar un tiempo que ya no es el del libre intercambio simbólico. Éste, el intercambio simbólico, sería un estadio del desarrollo de la humanidad aparentemente extraviado en la experiencia moderna. Se habla así de pérdida, de caída, de una relación con el mundo que ya no es la unidad y totalidad del universo mítico y mitológico, sino el extraño regreso a las formas sin contenido de la subjetividad, que se transforman en paso obligado para la experiencia. El movimiento es doble, nos señala Molina. Una irreductible tensión entre, por un lado, el momento de alteridad constitutivo de la subjetividad, por el cual replegándose sobre sí ésta pierde el

mundo y, segundo, el momento de disciplinamiento en la representación, por medio del cual la subjetividad recupera el mundo, recuperándose ella misma. Surge aquí el tópico del «punto de vista», como una forma de poner orden a la confusión. El carácter mediado ostenta, sin embargo, una carencia. No se trata ya del posicionamiento sensible del individuo frente a un mundo abierto, sino de la racionalización del estar en el mundo que problematiza el momento de lo sensible.

Interesa aquí lo que Žizek, citado en el texto, llama incompletud ontológica de la realidad: «Sólo hay realidad si existe una brecha ontológica, una grieta en su núcleo, un exceso traumático, un cuerpo extraño que no se puede integrar a ella». El escenario seguramente antecede a la modernidad, pero cobraría con ella especial relevancia. Relevancia que hace de la lectura moderna del mundo a la vez un avance y una decadencia. Al respecto, y en lo que concierne la diferenciación y la pertenencia de la modernidad a la tradición, podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿hay en realidad una jerarquía del mundo en la épica y en la edad clásica?

¿Se puede hablar de una estratificación de la experiencia, al modo en que concebimos hoy tal figura, o bien la jerarquía del mundo de que se acusa recibo en el texto, al hablar del héroe épico y del héroe moderno? (p.77), ¿dicha estratificación no es acaso nada más que un producto de la lectura que la modernidad hace de la edad clásica?

¿No sucede acaso lo mismo con el mundo en plena edad moderna?

En su texto *Política de la literatura* (2007), Rancière habla del «carácter absoluto del estilo, que no es una elevación, sino una disolución de todo orden, es decir, una ruina de todas las jerarquías». Sin embargo ¿podemos preguntarnos si el estilo no es a la vez el indicio moderno que anula antes que todo la pretensión de adjudicar jerarquías, ya sea en el orden sensible o poético? ¿No se trata acaso con el estilo de la puesta en marcha de una totalidad referencial que supone o no, pero que es en todo caso posterior, en tanto acto, a toda delimitación de ese tipo? Oscar Wilde incurre en un gesto, digámoslo así, de desmantelamiento de lo que Ife, citado un poco más adelante en el libro de Molina (p.90),

llama la «relación jerárquica que la tradición establecía entre contenidos y formas». Wilde nos dice lo siguiente en *La decadencia de la mentira*: «los historiadores antiguos nos daban una deliciosa ficción con el nombre de hechos; y el novelista moderno nos obsequia [no obstante] áridos hechos bajo el disfraz de la ficción (Wilde critica en su texto a Zola, Maupassant y George Elliot, entre otros).

Respecto a la ficción, que es un segundo tema principal del libro que presentamos hoy, el autor aborda en repetidas ocasiones su relación con el primero, la subjetividad (lo hace, en particular, en el segundo capítulo). En palabras suyas, «tanto la constitución de la individualidad como la emergencia de la literatura están cruzadas por el carácter reflexivo de la subjetividad moderna». Se aborda, desde esta perspectiva, el asunto recurrente en el libro del despliegue de un pensamiento que ya no se dirige a las cosas, sino al modo en que la subjetividad es afectada por ellas. «La novela es un campo que permite explorar la condición reflexiva de la subjetividad, en el mundo que con ella se abre», nos dice el autor. En tanto que explora la condición reflexiva de la subjetividad, la novela es reflejo de la actitud moderna. Me hace pensar esto último en el carácter de «espejo que muestra a la realidad su propia monstruosidad», con que Kracauer caracteriza la operación propia de ese tipo particularmente moderno de novela que es el relato policial. Molina pone énfasis en un segundo aspecto de la novela que me parece importante resaltar aquí. Ésta no simplemente es espejo o refleja, sino que opera, nos señala el autor, un dispositivo que organiza la diferencia de lo público y lo privado. Que organiza, podemos agregar, siguiendo lo posteriormente planteado en su texto, la diferencia de todos aquellos aspectos que sobresalen en su carácter aislado, en medio de la llamada «escisión de comunidad» que tiene lugar en la modernidad. Distanciamiento entre los individuos, ausencia del individuo respecto a sí mismo, y todos los pormenores que involucra la «pérdida de mundo», en esta condición, ciertamente esquizofrénica, en la que el individuo se auto-observa y vigila. «Lo que ocurre como si en él fuera otro el que piensa, siente y cree», apunta Molina.

Si se trata ahora más que nada de formas y no de contenidos, las cuales estructuran la experiencia del sujeto, la literatura es, en palabras de Ife, autoconciencia de las

formas. La literatura vuelve disponibles las formas en un lenguaje que está lejos de ser el del universo clásico y medieval de las correspondencias. Es como si la ficción, nos dice Molina, estuviera atravesada por la ausencia de referente. La literatura, digámoslo en palabras de Rancière, en el texto citado, no es un lenguaje particular, sino una nueva manera de ligar lo decible y lo visible, las palabras y las cosas. «La literatura constituye una ciencia de la sociedad y la creación de una nueva mitología, en la cual se define la identidad de una poética y de una política». La historia, la sociología, la ciencia marxista y la ciencia freudiana, señala el filósofo francés, tomaron su epistemología de la literatura. «Ésta inventa una hermenéutica del cuerpo social, es decir, una lectura de las leyes de un mundo sobre los cuerpos de cosas banales y de palabras sin importancia.»

Encontramos una muy buena descripción de la literatura o, más precisamente, de la novela, en el libro de ensayos *¿Llueve?* (también del año 2007) del novelista francés Franz Bartelt. Ahí, éste nos dice que «La novela es un conjunto de palabras que hablan con nuestra propia voz. Un juego de humor entre las constantes del lenguaje y las variaciones a las cuales lo someten el tiempo que pasa, los acontecimientos de la historia humana, los accidentes, la economía, el estado de espíritu de un período, las necesidades de la expresión cotidiana.» Respecto a lo cotidiano, a las cosas banales y a las palabras sin importancia, el texto de Molina aborda una instancia paradigmática en la gestación de la conciencia moderna. Se trata de la figura del pícaro en *La historia de la vida del Buscón*, de Quevedo. «En medio del prestigio que da su gravedad a la nobleza cortesana, el pícaro tiene la ocasión de desplazarse, de hacerse pasar por tal o cual.» Este sujeto de trasgresión, este testigo y denunciador del paso de la antigua nobleza feudal al juego de apariencias que caracterizará la nueva vida cortesana es, nos dice Molina, agente del lugar que pasa a tener lo verosímil, una vez que la verdad es desplazada.

El verosímil no reemplaza la realidad, dice el autor, sino que la constituye. Se trata entonces del juego de las cosas banales con las apariencias, de la vestimenta que simula con un cuello la totalidad de la camisa. La del pícaro, cito al autor, «es una mirada plebeya, es decir, crítica: la de un cuerpo resentido que ve desde abajo. Ve el entramado de las formas, el trabajo artesanal que las sostiene» (p.110).

Con el pícaro «el individuo se da cuenta que la vida consiste fundamentalmente en el modo: que ser esto o aquello no es un atributo ontológico, sino una forma» (p.111). La modernidad de lo que será posteriormente el Romanticismo no ha de buscarse en sus contenidos, sino en sus formas, nos señala el autor. «Ahí donde vemos a la conciencia romántica aferrada a las ruinas de la historia y a la nostalgia de lo perdido, hemos de preguntarnos por lo que se juega en relación con ello, y no por el significado oculto de estos temas» (p. 163).

Del otro extremo del pícaro, para quien «el estallido del mundo consolida la esfera de lo cotidiano en la forma de una liberación», está Pascal, quien «padece la condición en la que el individuo se deja vivir, en la forma del vértigo». Cuestión aparte es la «dramatización voluntaria» de que Valéry acusaría a Pascal, según Borges nos señala en su ensayo del mismo nombre. Con excepción de la figura del pícaro, así como la del alma bella, tratada por Schiller y abordada en el capítulo IV del libro, las cuales representan, según el autor, dos figuras antitéticas en el devenir de la subjetividad, el texto de Molina me ha hecho pensar en la condición lamentosa que caracterizaría a la subjetividad, al individuo, y a la modernidad en su conjunto, con temáticas como el aburrimiento, el malestar, la caída, el extrañamiento, la angustia, etc.

Una suerte de habla del pensamiento que ha quedado girando en banda. Un abuso de la lengua que hace perder la relación con las cosas, señala Heidegger en el último capítulo del libro de Molina, sección que trata del tema de la sobrecarga de la subjetividad, que la descarga de mundo ¿En qué momento la filosofía se volvió tan funeraria? he llegado a preguntarme en el transcurso de estas páginas. Luego, me he dado cuenta de que es el mismo libro el que me ha hecho ver que no se trata simplemente del hecho que hemos aprendido a vivir con ello – el aburrimiento, la caída, el extrañamiento, la distancia, la pérdida de comunidad, la ausencia en que se confina o autodesierra Wakefield, el personaje de Hawthorne que concentraría, según se señala en el penúltimo capítulo, la operación reflexiva de la modernidad – sino que se presentan ya desde hace algún tiempo nuevas condiciones imaginarias y espacio-temporales, en medio de las cuales se ve profundamente modificada la relación del individuo con el mundo y con lo que entendemos por comunidad.

El problema, de ahí lo lamentoso (es algo que no dice explícitamente el libro, pero me parece entreverlo), es que nosotros, filósofos, quedamos a veces enmarcados en una lectura de nuestra propia tradición que no da cuenta de los procesos históricos que la provocan y la suceden. En el evento de una lectura de procesos históricos, como creo que ocurre aquí, y no simplemente de una tradición de pensamiento, si es el caso que podamos avizorar nuevas relaciones de cuerpos y de lenguaje, a la figura de un malestar indefinido podríamos entonces oponer la de un malestar definiéndose y, por lo tanto, injustificándose. La literatura, la sociología, las ciencias cognitivas y el psicoanálisis, por nombrar algunas de las disciplinas propiamente modernas, han contribuido sin duda en esto, mal que le pese a aquella mal llamada filosofía, que se contenta con la lectura de sí misma. El hecho de que dichas disciplinas hayan estado abrogando en un campo efectivo la ineffectividad de la antigua ontología, concuerda con el nuevo posicionamiento de lo accesorio en el paisaje moderno.

Los afectos, por otra parte, no son para la conciencia moderna sólo la posibilidad de la creencia, según se da a entender a ratos en el texto (p.46). Los afectos serían también la capacidad de destituir la creencia, cuestión que está presente en el planteamiento escéptico del desacuerdo (adiaforía). Sólo que el pensamiento moderno se ha dado el trabajo de ocultarse en el afecto, produciendo, de esa manera su textualidad, en una forma de discurso que evita supuestos naufragios en el ámbito de lo sensible. Sucede, no obstante, con Montaigne, Pascal, Descartes, Hume y Kant, como si paulatinamente Occidente hubiera estado dando lugar a su escepticismo constitutivo. Es decir, a la fuerza a la vez disruptiva y maleable de los afectos, en la cual el lenguaje forja su equivocidad y también su apertura. La duda metódica es un proceso de desafección en un sentido, el de abstraerse de lo dado en el saber, en las costumbres, pero constituye por esto mismo un importante proceso de depuración de la afectividad. Esto es algo que sucede de manera gradual y muchas veces callada, a lo largo de la tradición.

El malestar, podríamos en consecuencia preguntarnos ¿no es más bien producto de un cierre de perspectivas concentrado en la mismidad, más que un estado que reduzca a desencanto la diversificación de la experiencia moderna? El aburrimiento, en tanto que forma de entrar en relación

con el fundamento que falta, en términos de Molina, es también, en la propuesta de Bartelt, una forma de placer, un estado agradable que da lugar a la lectura y a la escritura. Sucede, en palabras de Molina, «como si Wakefield [ese individuo propiamente moderno que es invención de Hawthorne] nombrara un lugar que se abre como tal por una mirada que ante todo se ha de vigilar a sí misma, que está alerta a no distraerse, a no parpadear, y con ello a sostenerse vigilante en el juego especulativo que ya la distrae y la pierde» (p.198).

El repliegue y sus patologías asociadas serían, en un primer momento, un inadaptado efecto de sobrevivir en la ciudad moderna. Esta trampa de la cosificación de la experiencia, o de su síntoma, es ciertamente un problema epistemológico, que debe ser abordado como tal. Lo primero es, sin duda, hacernos cargo de nuestra condición o de aquella que cercana e indiscerniblemente le precede. El texto de Molina constituye una lectura de un proceso histórico complejo como es la modernidad, del cual no hemos salido seguramente del todo. Dicha lectura cobra una voz particular y despierta inquietudes que se abren en las capas de su textura, dando lugar a esa proliferación de temporalidad de la que hablaba al comienzo. Agradecemos su contribución.